

La destrucción del bunker de Juan D. Perón (1999): Reflexiones para que algo quede en la historia

Daniel Schávelzon

Durante el año 1999 un funcionario de la Secretaría de Planeamiento Urbano del Gobierno de la Ciudad me comunicó que se había encontrado en una obra privada lo que se creía que era “el búnker de Perón”, tal sus propias palabras por teléfono. Y que no sabían bien qué hacer con eso en los organismos supuestamente responsables, ni siquiera si era verdad. Las obras estaban en pleno desarrollo y el estudio de arquitectos a cargo ya había decidido destruirlo. Necesitaban una opinión y en el momento. El asombro no fue menor y por suerte había otro interesado: Néstor Zaquim, quien se movilizó de inmediato; en el día estuvimos en Bouchard 722 y ahí comenzó una pequeña odisea que hubiese sido mejor evitar por nuestra salud mental.



Inicio de la excavación del techo del búnker en 1999.

El Edificio *Alea* y el Búnker

Una de las características y prioridades del gobierno de Juan Domingo Perón fue la concentración de los medios de comunicación en manos del gobierno. El edificio Alea fue parte de un enorme proyecto en que entraban la nueva Secretaría Administrativa que creó Perón para el poderoso Vicente Carlos Aloé, junto con la Aeronáutica. Entre ambos compraron la manzana ubicada entre Leandro Alem, Córdoba, Viamonte y Bouchard a Nicolás Doderó, ex dueño de la Flota Fluvial Argentina que nacionalizó Perón poco más tarde, la que tenía en el lugar galpones de la

vieja empresa del Muelle de las Catalinas que se arrastraban desde 1872. En 1945 la compra la hizo la llamada Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalizados (ATLAS) cuyo director era también Aloé, quien propuso dividir el terreno en dos enormes edificios: el Atlas para viviendas de los miembros jerárquicos de la Aeronáutica y el Alea para la nueva concentración de medios que incluía *La Razón*, *Democracia* y *Noticias Gráficas* en un total de dieciséis diarios que él dirigía, además de radios y revistas. Eso iba a constituir la gran Editorial Alea.

Así se comenzó la enorme obra de los dos edificios, el Alas (nombre bastante obvio por cierto) que se terminó en 1950 sobre Leandro Alem, con una altura excepcional para su tiempo y que fue famoso por su calidad constructiva y su altura única en la ciudad. Y por detrás, con salida a la avenida Bouchard, la que ni se soñaba que tuviera el tráfico actual, ubicada sobre un puerto controlado de manera absoluta por las Fuerzas Armadas, iba el edificio más bajo para el Alea, dedicado a la editorial. Y no parece casual que el Alas se terminó y aun está en uso mientras que el Alea quedó en obras y así llegó hasta 1999. Y que luego la Aeronáutica fuese tan activa en el derrocamiento del gobierno. Y que el búnker no se usara cuando era la Aeronáutica la que bombardeaba al propio Perón. Vueltas que da la historia. Y que el proyecto de concentración de medios nunca se cumpliera ni que Aloé dejara de ser sindicado por su falta de educación. Eso es cierto que era una agresión gorila, pero no podemos dejar de recordar que el poderoso y novel editor que llegó a gobernador de la provincia de Buenos Aires, en su foto oficial junto al presidente, tenía al revés una gran carpeta en la mano en que se presentaba la evaluación de los resultados de las elecciones nacionales. Por años nadie se atrevió a decírselo. Luego veremos como se une la falta de un proyecto serio para el búnker con las obras realizadas.

Los planos que existen del edificio, levantados en 1955 cuando la Revolución Libertadora se hizo cargo de los bienes del Estado y hoy archivados en el archivo del Cediap del Ministerio de Economía, no indican demasiado. Ni siquiera hay referencias a la presencia de una estructura que al menos debía parecer extraña a quienes la construían, o luego a quienes relevaron el lugar, si no sabían lo que era. Sí hay espacios en los planos indicados como sin uso determinado, eso es todo. En el Alas y entre 1957 y 1978, funcionó el Canal 7, el primero del país, en los subsuelos, la planta baja, el entrepiso y el primer piso. En el último piso funcionaron dependencias del Canal 11 cuando fue administrado por la Aeronáutica en la última dictadura. También la planta transmisora y la antena de Canal 13 y otras emisoras de radio.

Durante el año 1955 el gobierno militar abrió al público el búnker y miles de niños lo visitaron al igual que se hizo campaña mostrando los trajes de lujo de Eva y sus joyas y otras excentricidades de fuerte impacto emocional que por cierto jamás estuvieron en el lugar salvo para mostrarlos. Luego fue cerrado, saqueado y olvidado.



Edificio Alas, el más alto de la ciudad durante medio siglo. Por detrás estaba el Alea nunca completado.

Y así las obras del Alea quedaron paradas hasta el futuro como una mole gris en la ciudad. Tuvo que esperar hasta que el gobierno de Menem en 1992 propusiera destinarlo al Archivo General de la Nación, quizás sólo una justificación para comprarlo y venderlo luego, porque si bien se hicieron los planos para el Archivo no pasó de eso. En 1998 el ONABE le vendió la construcción a la empresa Cargill a un precio casi simbólico la que le encargó al conocido estudio de arquitectos comandado por Mario Roberto Álvarez una obra moderna y funcional, ya que el lugar valía una fortuna. Estas obras son las que llevaron a reencontrar el viejo y abandonado búnker jamás usado. El estudio tras diversas consultas que luego describimos decidió demoler el lugar y ampliar el espacio de las 186 cocheras que se hicieron. De todas formas, ya que el espacio del búnker era de 10 por 11 metros, sólo daba lugar a seis cocheras más.

El edificio de Cargill fue usado por Microsoft por muchos años hasta que lo compró IRSA a valor real, siendo un negocio increíble para sus anteriores propietarios.

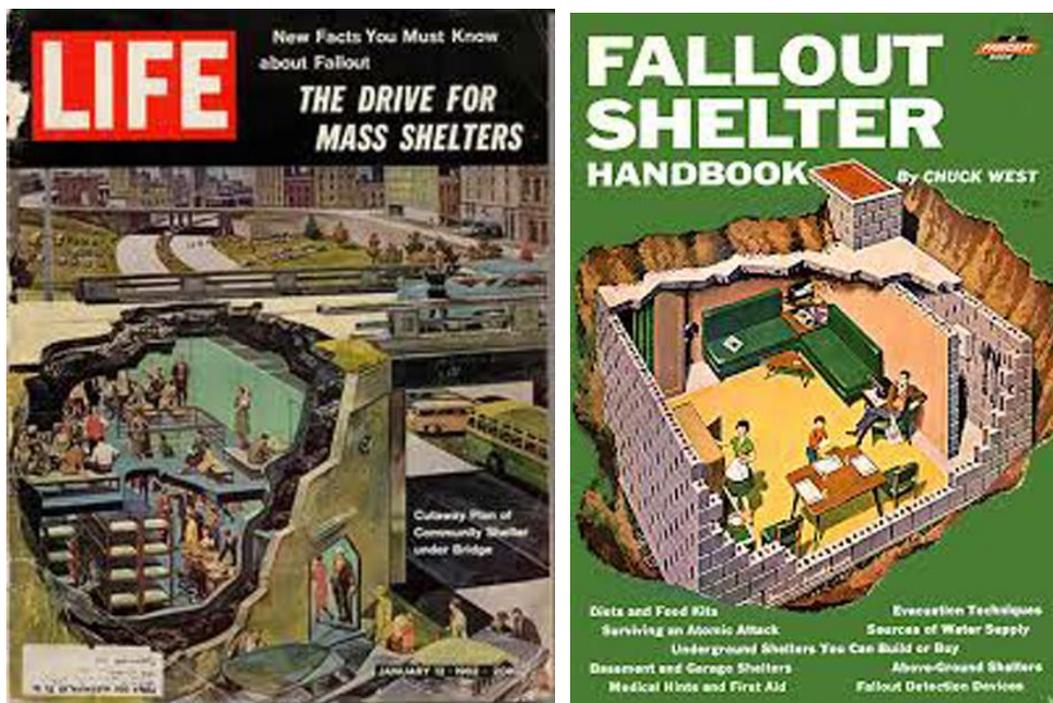
¿Porqué un búnker?

La explosión de la bomba nuclear (conocida como Bomba H) en Hiroshima, en 1945, causando estragos nunca imaginados en la humanidad y su seguida secuencia en la segunda de ellas en Nagasaki produjo un impacto brutal en todos los niveles de la sociedad global. Terminó así la Guerra Mundial, se estableció la supremacía de Estados Unidos y su nueva división del mundo junto a los aliados y en especial la Unión Soviética. Luego su contrincante. El mundo se reconfiguraba y comenzaba una etapa de Guerra Fría que caracterizaría el mundo por los siguientes cincuenta años.

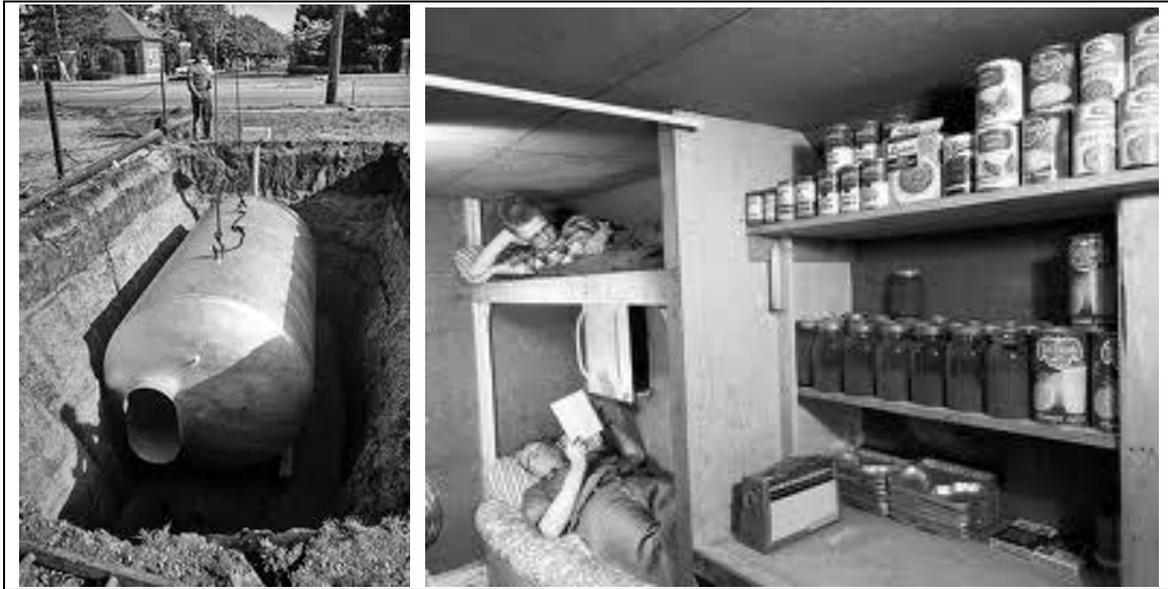
Desde ambos bandos formados después de la guerra, encabezados por Estados Unidos y la Unión Soviética, la Guerra Fría se centraba en la posibilidad y amenaza constante con bombas nucleares; esto fue llevado a la población civil creando una verdadera psicosis colectiva intensificada por los gobiernos sobre cómo sobrevivir en

caso de explosión nuclear. De esa forma, gobiernos y particulares desataron una furiosa y acelerada carrera de construcción de todo tipo de sistemas defensivos: desde montañas ahuecadas en donde se refugiarían gobiernos, personas escogidas o los que podrían reconstruir el futuro. La televisión, el cine y la ciencia ficción en la literatura acompañaron este proceso por el que una generación en la década de 1950 practicaba en el colegio primario cómo esconderse bajo el pupitre en esos supuestos casos. Hoy puede hasta parecer simplista y gracioso, pero era algo incorporado a la vida cotidiana en especial desde que se desarrolló la Bomba de Hidrógeno en 1953, muchísimo más potente que las precedentes. Todo duraría hasta la caída de la Unión Soviética en 1991 y con la reconfiguración de los conceptos de una guerra moderna: nada podría sobrevivir a esa situación y el tema se evitaba de otras formas, políticas, diplomáticas, secretas o de alta tecnología espacial y submarina.

Los países latinoamericanos no quedaron fuera de esta psicosis de refugios y se los hicieron públicos y privados hasta entender que en realidad no tenía más sentido sostenerlos y fueron quedando abandonados. El de Buenos Aires fue uno más de ellos, de baja tecnología y pobre arquitectura, modesto, quizás ineficaz en caso de guerra nuclear o siquiera ante un bombardeo al sitio, pero se hizo.



Revistas de los Estados Unidos difundiendo el uso de refugios nucleares públicos y privados.



El refugio perfecto, barato y eficiente para la familia feliz de la Guerra Fría.

Descripción del búnker

Esta construcción bajo tierra, que dijimos que dejaba muchas dudas sobre su verdadera capacidad de resistir, era una caja cúbica de hormigón construida en el sistema tradicional de vigas, lozas y columnas, de poco más de cien metros cuadrados. Es decir, estaba pensada para sólo dos personas, obviamente Eva y Perón, y un secretario o tercera persona ya que tenía dos habitaciones tradicionales. Estaba del lado del río y el piso quedaba a ocho metros de profundidad. Por el lado norte estaba separado del vecino, si hubiese bajo tierra alguien, por una simple medianera, por los otros tres lados era una pared doble que dejaba un pasillo en el medio. En el extremo oeste estaba el núcleo que permitía salir por Bouchard o por el edificio Alas, donde aun está la puerta abandonada y el pasillo que llevaba a ella. Había otro tercer acceso en el ángulo sureste y una puerta secreta en el centro de la pared Este del pasillo, oculta tras el revestimiento de madera. El envolvente era un pasillo incómodo de menos de un metro de ancho, para casos extremos. El conjunto contaba con una pequeña usina propia que dependía del suministro de petróleo, un living-comedor que oficiaba de escritorio, un baño reducido, una cocina y un pequeño hall central de distribución. Es decir: una típica casa burguesa de la época salvo que no tenía ventanas. La guardia se suponía que estaría en el edificio mismo, o nadie lo pensó. Tampoco había un depósito cualquiera y menos de alimentos o aire, sólo se pensaba que el volumen disponible era suficiente para varios días. Obvio que era un “búnker del tercer mundo”, mal pensado y construido, inusable y eso lo demostró el mismo Perón cuando realmente lo pudo haber necesitado, tanto en los bombardeos que precedieron a su renuncia como el día que tuvo que salir hacia Paraguay, que finalmente lo hizo por la calle. La mitología de los largos túneles que iban al puerto demostró no existir. Esto es lo que había, entrar por una calle y después de todas esas escaleras, salir por la de atrás. El túnel para salir por el Atlas medía 32 metros.

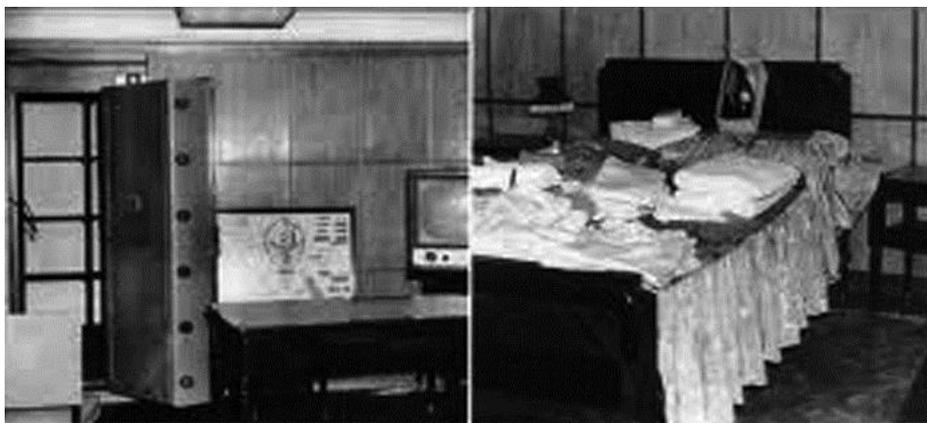
La decoración era sobria, paneles de madera simples, un enchapado; obviamente cuando se lo abrió al público con grandes titulares de los diarios mostraron las joyas de Eva Duarte y lo usaron mediáticamente como golpe de efecto, como “la guarida del tirano” y otros epítetos similares. Nada más alejado de eso ya que los dos

únicos roperos que tenía el conjunto hoy no alcanzarían para la ropa de cualquier adolescente. Separemos realidad y fantasía y esas fotos tomadas en el búnker en que sobre la cama se despliegan trajes de mujer de enormes dimensiones, simplemente no entraban en ningún lado. Por otra parte varios de los entrevistados dijeron que fue cerrado en 1956 porque entraba agua de la napa freática por problemas de construcción imposibles de evitar o al menos que nadie quería evitar.

Lo que sí resultó verdad, aunque hay que desinflarla también, es que había una caja de seguridad fabricada por Bash en el país, pero cuyo interior no alcanzaba los dos metros cuadrados. En realidad eran paredes de hormigón con una puerta de seguridad, nada más. Tampoco se podía guardar tanta cosa en su interior, menos que nada lingotes de oro que hundirían los estantes aunque llenaron las fantasías de los golpistas posteriores.



Planta con la distribución de ambientes del búnker (archivo Clarín, infografía).



Fotografías del interior del refugio de Perón difundidas en 1955.

Peripecias para salvar lo que se pudiese

Como narré al inicio el aviso de que se había encontrado esta estructura me llegó un poco tarde, ya había pasado por el Gobierno de la Ciudad muy poco preocupado por su patrimonio urbano y menos aun por uno cargado de connotaciones políticas que no estaban claras; y por algunos sectores del mundo político que habían actuado de inmediato. Obvio, lo que pudiese haber existido al abrirlo si es que siquiera quedaba algo, había desaparecido y ni fotos se habían tomado. Y si las tomaron no hubo cortesía en facilitarlas.

Los problemas que determinaron que el búnker fuese destruido fue una sumatoria, absurdamente, de peronismo y antiperonismo exacerbado por ambas partes al grado de impedir un pensamiento racional. Así, el estudio de Álvarez, un férreo antiperonista, decidió que lo mejor el destruir cualquier cosa que estuviese relacionado con su nombre. Le hicimos llegar propuestas de transformarlo en una visita turística que generaría mucho más dinero que las cocheras pero no hubo ni una respuesta, simplemente de Perón no se hablaba. Por el otro lado fue consultado el que siempre se autoerigió como el “custodio moral de la herencia política de Perón”, el senador Cafiero, quien aseguró que era una mentira, que no podía existir, que jamás Perón hubiese tenido algo así y que obviamente lo que hubiese había que destruirlo. Lo importante era mantener limpia la imagen del prócer sin explicar en qué lo ensuciaba esto, que ni lo había hecho él ni lo había usado. Es decir, ambos extremos terminaban coincidiendo; algo similar fue la opinión de Lorenzo Pepe como historiador del peronismo. Por lo tanto había consenso entre los anti-preservacionistas, el peronismo ortodoxo y el antiperonismo extremo. Y mientras transcurría esto las obras seguían como se ve en las pocas fotos tomadas de contrabando ya que se me aclaró en las visitas que no podía fotografiar nada. Por suerte no respeté la consigna y no me avergüenzo de ello.

La realidad es que si además queríamos revisar archivos, diarios de la época, entrevistar gente que recordara el tema, buscar planos y fotos, en pocos días todo había desaparecido. Lo único que logré fue que me ofrecieran la derruida puerta de la caja fuerte, de unos 5 mil kilos de óxido que se podían levantar con una grúa, pero ¿dónde ponerla? Al aire libre iba a durar una semana y restaurarla era impensable, lo hablé con José María Peña en el Museo de la Ciudad, quien se interesó y mucho, pero resultaba imposible trasladarla y subirla al Museo y con costos imposibles de afrontar. Igualmente mientras averiguaba esto ya no había tiempo y fue imposible hacer nada más. Todo era en ese minuto, después era tarde, las máquinas no paraban.

El resultado fue el de siempre: se destruyó hasta la más mínima evidencia, lo que hubiese habido en el interior desapareció el primer día, nadie hizo un relevamiento o tomó fotos en detalle. Era otro elemento de nuestro patrimonio cultural que se había esfumado en esta suerte de juego perverso entre ganancias y política. Lo único que pudimos hacer fue publicarlo en revistas y libros, difundir la información recabada y ahora narrar esta historia, no mucho más y es bastante poco por cierto. Pero mejor que esté escrito y fotografiado, lo que al menos evita que algunos repitan la aseveración de que esto sólo fue propaganda antiperonista y que jamás pudo existir. Nos gusten o no las historias de Aloé y sus decisiones, esto fue así. Qué fue peor, la mala obra o su destrucción, lo evaluará cada uno.



El túnel principal durante su destrucción.



Interior del búnker una vez liberado de muros interiores e iniciada la obra nueva.



Interior de la caja fuerte, se ve la puerta de seguridad en su sitio.

Usos actuales para refugios nucleares en el mundo

El nuestro no fue el único búnker bajo tierra del mundo, es más, por mucho fue de los menores y de los peores construidos. A tal grado que ni siquiera pudo evitar la filtración de agua que lo tuvo inundado tanto tiempo y eso fue un año después de construido, imaginemos con una guerra nuclear encima.

Muchos países que los habían construido y silenciado por años, después de 1991 tomaron decisiones por cierto diversas sobre qué hacer con eso, las que eran por lo general de dos tipos: los que las usaron para otras cosas y los que las dejaron abandonadas. Recordemos que estamos hablando de los refugios de la Guerra Fría ya que Europa tiene miles de otros refugios de las dos Guerras Mundiales, a los que también les ha dado usos, básicamente turísticos aunque sí los hay aun abandonados, lo que también es una forma de usarlos por el turismo.

Algunos ejemplos son significativos: una enorme construcción bajo tierra fue comprada por la Amherst Five College Library de Estados Unidos para instalar una biblioteca que alberga medio millón de volúmenes en un ambiente excelente para la preservación por el control de humedad y temperatura. Caso similar fue la estructura bajo el Monte Pony en Culpeper, Virginia, construido en 1969 para proteger tres millones de dólares en una guerra nuclear, con doscientas camas y con capacidad de mantener 450 personas por un mes. Fue comprado por una fundación privada que la donó a la Biblioteca del Congreso como depósitos hoy visitables.

En Ottawa, Canadá, una estructura hecha por el ministerio de defensa en 1959, el Diefenbunker, que tomó el nombre por el primer ministro John Diefenbaker, era el centro de comunicaciones del ejército y serviría también para refugio de empleados del estado que fue cerrado en 1993. Fue vendido y ahora es el *Museo de la Guerra Fría* visitado por 60.000 visitantes anuales que pagan de entrada entre 10 y 14 dólares, es decir que sólo de entradas se genera casi un millón de dólares anuales. La escala es otra, el destinatario principal es la juventud, pero en esencia es guardar un patrimonio y resignificarlo para la comprensión masiva de un momento de la historia, cualquiera sea la ideología imperante en su tiempo.

En Berlín los trazados de nuevos subterráneos han dado con varias estructuras bajo tierra que se han ido abriendo al público, con un recorrido especial que va llevando al turista a esos sitios, todo a cargo de una fundación que cobra sumas importantes.

Caso diferente es el de Bosnia, en la ciudad de Konjic, donde artistas de Sarajevo crearon una galería de arte contemporáneo en lo que fuera el Comando en Jefe para la Guerra Atómica de Yugoslavia, construido en 1959 y en uso hasta 1979 y en donde sobrevivirían el presidente Tito y grupos selectos de civiles y militares. Hoy es un conocido museo local. Por supuesto en el mundo no faltan los búnker menores que sirven de viviendas, cafeterías o usos diversos. Obviamente hay muchos casos más pero resulta imposible no citar el más insólito, el de Albania, donde el demencial presidente Enver Hoxha hizo construir 750 mil refugios nucleares, para cuatro personas cada uno, hechos para salvar a toda la población del país. Hoy el territorio está literalmente cubierto de estos inútiles hongos de hormigón que desde 1985 van tomando los usos más insólitos: desde juegos de niños en los parques, bares y restaurantes, depósitos o simplemente están abandonados, imagen de una época absurda que cubrió el mundo. En Estados Unidos, de los refugios privados menores, se han destruido miles de ellos, pero algunos se preservan como anécdota o se usan como lugares diversos y varios son atractivos locales o museos pequeños.



Folleto de un búnker nuclear en Inglaterra usado para contar la Guerra Fría a los niños de la localidad.

El fin de la corta historia

¿Era posible preservar el búnker? ¿Y para qué? Son sólo dos preguntas pero hay muchas respuestas.

A la primera y sin entrar en grandes detalles la respuesta es sí, era posible, por peor estado en que se encontrase era factible rehacerlo ya que su decoración era mínima, el espacio bajo tierra sólo era útil como cocheras y el túnel terminó como tanque de agua. Es cierto, una cochera deja dinero, pero... ¿ofrecer esto como visita no lo hubiera multiplicado al infinito? ¿Quién, peronista o no, no hubiese ido a verlo? Como negocio el mundo ya ha demostrado con demasiados casos de estructuras de este tipo recuperadas que hay un fuerte interés en conocerlas. Se lo pudo dejar como museo y si se hubiese querido también. Pero la decisión era política burda, ni siquiera seriamente económica y quienes la tomaran ni siquiera tuvieran la imaginación para un tipo de negocio diferente. Sí era posible preservarlo y hasta restaurarlo.

El para qué es más complejo de responder: era parte de nuestra memoria, fue fruto de muchas discusiones, existía realmente algo que por mucho tiempo se había transformado en mito, había una historia conectada con la construcción que no es menor en nuestra historia y en la del mundo atomizado. Hubiese servido a ambos bandos, a unos para mostrar que sí existía y a otros para mostrar que no servía y jamás se usó. Y para los niños hubiese sido una visita divertida además de la lección histórica sobre el significado de la Guerra Fría y la realidad nacional, y nadie hubiese dejado de pagar la entrada porque imaginar que el Estado en cualquiera de sus formas se hiciera cargo de esto es demasiado.

También quedaba otra opción de la que ni se pudo hablar hasta más tarde: preservarlo y darle otro uso, quitarle todo lo que hubiere del pasado pero mantener la estructura tal como se ha hecho en tantos casos en el mundo: así la historia no se borra pero se le da un uso superador, diferente, que permite una doble lectura.

En síntesis, había posibilidades de uso si no se quería mantenerlo como lo que fue, que podrían haber generado incluso dinero si ese era el objetivo. Como tantas veces, a nadie le importó pensar: había que hacer las cosas simples, rápidas y sencillas. Y así se hizo.



Depósito de libros en un búnker cercano a una universidad en Amherst.